

CAPITULO XXXIII.

DE LA TEMPLANZA DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTÍCULO I.

Razones generales de templanza especialmente para los eclesiásticos.

El sabio considera que no vive para comer y beber, sino que come y bebe para vivir. Así vive en la templanza pues esta da ligereza al cuerpo, evita las enfermedades, conserva la salud, alarga la vida, honra y ennoblece el estado ó función que se desempeña. El sabio *usa sobriamente de lo que se le ofrece, no sea que el excesivo comer lo vuelva odioso. Se contenta con poco vino, y así no se halla asaltado en su sueño, pues el hombre frugal tiene un sueño sano, y duerme hasta la mañana con ánimo placido y tranquilo. El beber con sobriedad es salud del alma y del cuerpo (Ecclesiast., c. 1, 51).*

Ademas de esto considera el cristiano que tiene obligación de reducir su cuerpo á la servidumbre, mortificar su carne, poner un freno á la sensualidad, amortiguar el fuego de las pasiones, hacer penitencia por sus propios pecados; y esto le impele á amar la templanza y frugalidad que tales beneficios acarrearán. Considera que el hombre no vive de solo pan, y que no ha nacido para gozar de los placeres de esta vida, á los cuales renunciar debe con la templanza y mortificación; sino para complacerse

en los placeres puros y sólidos que quiere Dios concederle en esta vida, y en la bienaventuranza que en la eterna le prepara.

El eclesiástico sobre todo considera que el estado y funciones de su ministerio exigen la mayor sobriedad y templanza. Por el estado sacerdotal somos pobres, ó á lo menos debemos vivir pobres, pues alimentados somos con el patrimonio de los pobres, y en ellos debe de preferencia concentrarse nuestro amor. Una profesion que nos ha separado del siglo, no nos permite participar á sus placeres. El concilio IV de Cartago manda que el mismo obispo tenga una mesa pobre: *Victum pauperem habeat (Canon., 15)*. Nuestro estado nos obliga á ser castos y púdicos, mas ¿qué medios hay de serlo sin la sobriedad? También nos obliga á tender á la perfeccion; mas *el que á ella aspira*, decía san Andrés Avelino, *debe empezar por mortificar el gáznate*. Igualmente nos obliga á cultivar el espíritu de penitencia, que, mas con el ejemplo que con la palabra, debemos predicar continuamente. ¿Acaso no tenemos obligación de hacer penitencia no solo por nuestros pecados sino por los ajenos? Todas las funciones del sacerdocio exigen sobriedad, y por este motivo en la ley antigua era prohibido el vino á los eclesiásticos durante los dias en que ocupados estaban en el templo (*Lev., 10, 9*); pero para nosotros no hay tregua en nuestras funciones sagradas. El estudio, la meditación, la oración, los sacrificios, la administracion de los sacramentos son nuestros quehaceres cotidianos, y exigen un espíritu libre de la esclavitud del vientre, y de la tiranía de la gula. Si no nos hallamos separados completamente de la sensualidad y placeres de este mundo, que vuelven el espíritu grosero y carnal, no podremos ele-

varnos á las cosas celestiales ni desempeñar las sagradas obligaciones que nos impone nuestro santo ministerio.

ART. II.

En que consiste la templanza.

La templanza no para en la abstinencia de la crápula y deleites de la gula, mas tampoco llega á la austeridad de la penitencia, siendo el fervor en esta virtud atributo de las almas que inflama el amor de Dios, que penetra la idea del propio aniquilamiento y postra la contricion por los propios pecados. El amor de la verdadera templanza es obligacion justísima á todo cristiano, y especialmente á todo eclesiástico sin reserva de edad ó condicion. Para establecer una idea adecuada de esta virtud, oigamos á san Agustin (Aug., *Quest. evan.*, lib. 1, q. 1).

« La templanza no consiste solamente en la mera ab-
« stinencia de los manjares, sino en cierta igualdad de
« ánimo, por la cual el que se halla en la indigencia su-
« fre con paciencia lo que le falta; y si se halla en la
« abundancia usa con moderacion, buscando tan solo en
« el alimento el sustento de la vida y no el deleite y sa-
« tisfaccion de los sentidos.

« Porque á nadie debe importar la calidad de la nutri-
« cion cuando esta es ordinaria á las personas con que se
« vive, y cuando tan solo se busca la reparacion del cuer-
« po. Y lo que decimos de la calidad puede decirse tam-
« bien de la cantidad del alimento. Todos los dias vemos
« que hay personas que muy poco alimento necesitan,
« mas que lo apetecen con un ardor desenfrenado que
« arguye gran destemplanza; y que otros cuya constitu-

« cion fisica exige mayor nutrimento, pueden prescindir
« de este cuando les falta, ó cuando por un motivo ú otro
« deben abstenerse.

« Así no consiste la virtud de la templanza en la cali-
« dad ni en la cantidad de alimento, ni en el modo con
« que lo proporcionamos á nuestra necesidad y salud;
« sino en esa libertad y tranquilidad de espíritu que ha-
« ce que sea el alma superior á los sentidos, y que con
« pacifica indiferencia use ó prescinda del alimento cor-
« poral, segun lo exige el tiempo ó la necesidad. »

Esta es la templanza de que nos da un modelo san Pa-
blo cuando dice (*Philipp.*, 4, 12): *He aprendido á con-
tentarme con lo que tengo. Sé vivir humillado, y sé vivir
en la abundancia; de todos modos estoy hecho á todo: á
tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á
padecer necesidad.* Esta templanza se adapta á todos los
estados. Se puede observar en la juventud y en la vejez,
en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la ri-
queza, en la frugalidad y en la magnificencia, segun co-
mo consigo lo traigan las circunstancias ó conveniencias;
pues, como concluye san Agustin (*De civit. Dei lib.*, 16,
c. 17): *Hinc discimus non cibi genere, sed aviditate im-
moderata quemque culpandum.*

ART. III.

Modo de adquirir y practicar la templanza.

El sacerdote que ama la templanza procura tan solo
conceder á su cuerpo lo que indispensablemente exige la
naturaleza, y esto por necesidad y no por placer, guar-
dándose bien de acrecentar sus necesidades con usos y

cosas inútiles. Y si por lujo ó por una vida regalona, se hubiese acostumbrado á mas de una necesidad, se esfuerza en desarraigarlas poco á poco, y á prescindir de aquello que le parece necesario. Se forma una regla de no comer ni beber poco ó mucho sin necesidad, sea por complacencia, ó por ocasiones accidentales, fuera del tiempo y lugar conveniente; y á este fin se arma de prevision y firmeza para evitar las sorpresas de la sensualidad y resistir á las instancias de la cortesía, eximiéndose de toda oferta, no haciéndola á los demas, y escusándose de no aceptar convites, persuadido con san Ambrosio, que conviene huir de los banquetes á un ministro del Señor, porque, casi sin notarlo ni poderlo apenas remediar, se bebe mas de lo que se hubiera querido, y hay así peligro de violar la templanza.

No solo no come ni bebe en demasia, sino que se propone no contentar el apetito y alzarse de la mesa privándose de lo que podria parecer licito. Tambien procura privarse del mejor bocado que á Dios ofrece en testimonio de su amor, siempre que puede efectuarlo sin singularizarse. Acostúmbrase á aguar abundantemente el vino que bebe, y si comete algun esceso, se castiga no bebiendo mas que agua por algun tiempo. Si no puede despojarse completamente del placer que experimenta la criatura humana al comer y beber pues es involuntario y aun necesario para la salud, procura disminuirlo no haciendo uso de condimentos, ni platos esquisitos, ni de bebidas deliciosas, contentándose con manjares y bebidas comunes, sin alabar la delicadeza de unos, ni criticar el mal gusto de otros, comiendo de todo con parsimonia, sobre todo en mesa agena, sin que jamas salgan de su boca estas palabras: *No quiero esto. Esto no me gusta.*

Si su estado exige una mesa opípara, gime de esta condicion, y se somete á ella lo menos que pueda, sin cuidarse del concepto del mundo, y evitando toda avidéz y la prisa al comer, como lo aconseja el Sabio: *¿Te hallas sentado á una mesa espléndida? No debes empezar por abrir la boca, ni estender la mano, ni debes comer con ansia... Se el primero que deje de comer por morigeracion (Ecclesiast., c. 31).*

Sus comidas las empieza siempre con una elevacion de la mente á la providencia y á la bondad del Señor, en cuyo nombre bendice la mesa; y la acaba con un pensamiento santo, y con una breve accion de gracias, reconociendo el don y favor de Dios, que lo provee con abundancia, mientras que en la penuria gimen tantas otras criaturas.

ART. IV.

Ignominia de la falta de templanza en los eclesiásticos.

Despues del retrato del sacerdote sobrio y frugal, hagamos el del sacerdote desprovisto de templanza.

Distinguese este por el placer que muestra en hablar á menudo de comer y beber, de la buena ó mala calidad de alimentos, del placer que pudo hallar en tal ó tal festin, ó francachela. Frecuentemente inventa y propone nuevos proyectos de compañía para divertirse comiendo y bebiendo, sin hesitar en hacer participes del juego y la disipacion los jóvenes sacerdotes que corrompe y pervierte. A todas horas come y bebe sin regla ni medida; y de resultas de esta gula se encuentra torpe, soñoliento, de mal humor, para con todos, pues *el vino be-*

bido en demasia produce irritacion, ira y grandes ruinas (Ecclesiast., 31, 39).

Acepta y agradece si es convidado á toda clase de convites y comilonas, en que muestra su hedionda glotoneria en desdoro del sacerdocio, jactándose de beber mas que nadie sin perder la cabeza, llegando á ser el ludibrio de los comensales, y esponiendo sin rubor su persona y caracter al desprecio de los seculares. El mismo convida á estos, y su casa se halla abierta á las sociedades viciosas, á los jugadores, á las francachelas, merendonas, cenas, bebidas frecuentes con otros sacerdotes, seculares, y aun hasta con las mugeres, fomentando el vicio en vez de corregirlo, gastando con beodos y glotonas el patrimonio del pobre, ocupándose de convites y partidas de comer y beber en vez de la administracion de los sacramentos y la gloria de Dios, y convirtiendo las fiestas del Señor en bacanales: todo lo cual no deja de saberlo el público que murmura y ataca el sacerdocio en general confundiendo esta divina institucion con los vicios de algunos eclesiásticos indignos de este nombre: *Ecce quomodo in abundantia jucundatur sacerdos, dum nos in sudore vultus nostri arcto vescimur pane! Ecce quomodo de eleemosynis nostris luxuriatur presbiter (Memor. vit. sacerdot., c. 71)!*

Tal vez algunos alegan por pretexto que de este modo cultivan la amistad de algunas personas que pueden serles útiles, así como á la Iglesia; mas no debe ser tal la manera que á un sacerdote y sobre todo á un párroco conviene, por grande que sea la influencia que solicitan. ¿Porqué no esperan la proteccion de Jesucristo en lugar de asegurarse así el de los hombres?

Algunos van mas allá; hay sacerdotes y párrocos que

no se avergüenzan en frecuentar las fondas y posadas, y hacer una profesion pública del mas abominable desenfreno, familiarizándose con los demas beodos, alternando y embriagándose con ellos. Cuando se les ha de menester para administrar un bautismo, asistir á un moribundo, confesar un parroquiano, dar consejo en algun negocio, se los encuentra sumergidos en la crápula. Salen ebrios por la noche, y acuden al altar por la mañana: ¡qué indignidad! ¿Quién tendrá suficientes lágrimas para lavar la torpeza de semejantes escándalos?

Prescindiendo de las irregularidades á que debe conducirlo una carne que inflama el desenfreno, un sacerdote inclinado á beber y que frecuenta la compañía de los beodos, no puede menos de omitir los mas santos oficios del ministerio: *Sero surgit, vix orat, festinanter horas persolvit, imparatus, et sine spiritu interiore celebrat, tempus cum convivis per ludos et inania colloquia terit, tarde recedit, et sine recollectione præ lassitudine recumbit.* Todos los deberes de su estado los sacrifica á su vicio dominante, sin encontrar tiempo para el estudio y la oracion; no se complace en las cosas espirituales; se ciega en la sensualidad, se envilece, se vuelve inepto al servicio divino, y llega á ser el baldon de la Iglesia.

CAPITULO XXXIV.

DE LA CASTIDAD DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTÍCULO I.

Necesidad y sublime precio de la castidad de los eclesiásticos.

La castidad es indispensable al sacerdote como la luz al sol, y no sin violencia se puede separar estas dos palabras : sacerdote y castidad. Esta virtud puede tan solo hacerlo digno de hablar de cerca con Dios, á quien no puede agradar en sus funciones si no se presenta limpio de todo apetito carnal : *Qui in carne sunt Deo placere non possunt* (1 Rom., 8). Siendo su mision ejercer en la tierra el oficio de los ángeles, destinado como ellos á llevar las oraciones y presentar al Señor las necesidades de la Iglesia, debe resplandecer del mismo modo que esos celestiales espíritus que sin mancha se hallan en presencia de Dios. Si exigía el Señor (*Levit.*, 21) tanta pureza de cuerpo á los sacerdotes de la antigua ley para comer un pan natural que por pocas horas se hallaba delante del arca, y la carne de los animales que habian sido inmolados; ¿cual deberá ser la pureza de los sacerdotes de la ley de gracia, que consagran el cuerpo de Jesucristo, que todos los dias comen y beben el cuerpo y sangre del cordero sin mancha que no puede sufrir la menor inmundicia? *Qua non oportet esse munditia pu-*

riorem, exclama san Juan Crisóstomo, *tali fruentem sacrificio; quo solari radio non splendidiorem manum carnem hanc dividentem, os quo spiritali igne repletum, et linguam, que tremendo nimis sanguine rubescit* (*Hom.*, 18, in *Math.*).

Esta virtud celestial y angélica ensalza y eleva al sacerdote sobre todas las cosas de la tierra, lo santifica y lo aproxima en cuanto es posible del mismo Dios : *Incorruptio facit esse proximum Dei* (*Sup.* 6, 20); lo ennoblece no solo en el espíritu porque lo vuelve mas libre de la servidumbre de la carne, mas brillante en los dones de la gracia, mas apto á la contemplacion de las cosas del cielo y de los misterios de Dios; sino que tambien lo ennoblece y purifica en el cuerpo, en términos que de cuerpo animal lo eleva en cierto modo á participar de la naturaleza del cuerpo espiritual é incorruptible aun antes de la resurreccion. La caridad resplandece al rededor del sacerdote como ese oro finísimo que cubria dentro y fuera el arca del Señor, para que digna fuera de las cosas santas que contenia; y el cuerpo humano se vuelve un receptáculo purísimo, del cual se puede decir : *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus* (*Apoc.* 21, 3).

ART. II.

Oposicion monstruosa del vicio contrario con la santidad del sacerdocio.

Un pecado grande en el siglo no puede menos de ser horroroso en el santuario, y la incontinenia que del hombre hace un animal, al sacerdote cambia en monstruo. ¡Qué horrendo objeto es un sacerdote impuro! Del

lecho de la lujuria se levanta para subir al altar santo, de la hediondez de la mas infame lascivia pasa al templo humeante de incienso, entre los incorruptibles misterios de la divinidad. Del cielo evoca al cordero sin mancha, y toca la sagrada hostia en que reside el mismo Jesucristo con manos sucias de vicio libidinoso; alimenta con su purísima sangre una carne que consume el fuego de la deshonestidad; bebe en el caliz del calvario con esos labios impuros que tocaron y se sumergieron poco antes en la copa de Babilonia, y un pecho calcinado con los deseos mas asquerosos y horribles llega á ser depositario del celeste esposo que habita entre los lirios. ¿Puede concebirse sacrilegio mas horrendo y profanacion mas espantosa?

El que eleva sobre los hombres su ministerio, superior en poder á los ángeles, unido á Dios por su santo ministerio; el que debiera llevar una vida enteramente espiritual y casi divina, se degrada en la brutal sordidez de los sentidos, en la vergonzosa esclavitud de la carne. Su espíritu que fulgurar debiera incesantemente en presencia de Dios mas puro y luminoso que el mismo sol, se halla encarcelado en un sepulcro de obscenidad, esclavo del cuerpo y de sus nefandos apetitos, casi tan grosero y terrenal como el mismo cuerpo cuando debiera sublimarlo y purificarlo volviéndolo celestial. Ese cuerpo del sacerdote santificado y consagrado por tantos misterios, nutrido y en cierto modo divinizado con la carne y sangre de Jesucristo, templo vivo de Dios, tabernáculo del Espíritu santo, se vuelve un vaso de ignominia, un receptáculo de inmundicias. No hay pecado que mas que este se oponga á la santidad y caracter excelso del sacerdocio.

ART. III.

Vergüenza y desprecio en que cae un sacerdote deshonesto.

La vergonzosa inmundicia de este vicio no solo ultraja el ministerio augusto que ejercemos, sino tambien lo empaña y deshonor á los ojos mismos de los hombres. Con la mancha que imprime la impureza, nada valen para sostener el decoro, los talentos, los títulos, las dignidades, y todo se marchita y decae al soplo de este pecado. Sin la castidad nada es el sacerdote por grandes que parezcan sus luces y caracter: *Si non est castus nihil est* (Thom. de Villanueva), é incapaz lo vuelve el deshonor en que cae de las funciones de los santos servicios. En el altar no inspira devoción, en el púlpito espone al desprecio de los flacos y libertinos la misma palabra de Dios; en el tribunal de la penitencia sus escándalos quitan toda fuerza á sus correcciones, y no puede con acierto tratar de curar las mismas úlceras de que se halla contaminado. Así en vez de luz y consuelo tan solo espere tinieblas y horror.

En vano se envuelve y oculta en el velo de la hipocresía; Dios lo desgarrará tarde ó temprano si no hay enmienda, pues Dios detesta sobre todo á los hipócritas, de que habla en el Evangelio como si les fuese destinado especialmente el infierno: *Partemque ejus ponet cum hypocritis* (Math., 24, 51). Dios mismo perfora las paredes del santuario para que las obras de las tinieblas se hallen espuestas á la luz, para cubrir de confusion los que no habiendo temido la magestad de Dios presente en todas partes, merecen que los mismos hombres sean in-

formados de sus secretas abominaciones. San Agustín observa que á menudo castiga Dios un orgullo secreto con la manifestacion de una impureza vergonzosa. Si sordidos é insensibles fueron á los remordimientos de su conciencia, si por tanto tiempo pudieron profanar cada dia el cuerpo y sangre del cordero sin mancha, Dios permitirá que atacados con virulencia sean por la lengua de los malvados, que no perdonan á los eclesiásticos un vicio horroroso que estraga y deshonra la juventud mundana. El Señor nos amenaza por la boca de su profeta: *Nudavi femora tua contra faciem tuam, ut appareat ignominia tua* (Jerem., 13, 26), y esto es lo que mas humilla un sacerdote; toda otra acusacion lastima ó hiere; mas esta aterra y mata. El sacerdote impúdico llega á ser el ludibrio de las conversaciones licenciosas; en todas partes los libertinos y mundanos comentan, difunden y aun exageran los errores del párroco, y el público no puede menos de cesar de estimar un sacerdote cuya cabeza amenaza continuamente el rayo divino; con el aprecio del pueblo podrá perder tambien los empleos y destinos, y nadie querrá frecuentarlo á causa de la mala fama de su vida, y del escándalo que puede resultar á la juventud del país. ¡O baldon de un sacerdote deshonesto! ¡Dichoso si la vergüenza de ver descubierta su impureza á los ojos humanos lo induce finalmente á humillarse ante Dios y á reparar con la penitencia y la honestidad de una vida verdaderamente sacerdotal, las llagas de su alma y las ruinas causadas por sus escándalos!

ART. IV.

De algunos medios generales para guardar la castidad.

El primero sin duda alguna es la oracion. Debemos encomendarnos continuamente al Señor, á la beatísima Virgen, á los santos ángeles, pues la continencia es donde de Dios: *Quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det* (Sap. 8, 21). Particularmente cuando nos asalte alguna tentacion, recorramos sin tardanza al Señor, en todas horas y lugares, diciendo trémulos la oracion tan estimada de los santos padres del desierto: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina*; ó bien: *Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis*. Y, por la noche, antes de acostarnos, repitamos siempre el himno: *Te lucis ante terminum*.

El segundo es la desconfianza continua de nosotros mismos. San Felipe decia que el mayor peligro en este punto es no temer el peligro. En efecto hay personas cuyo talento les hace creer que pueden hacerlo todo, y que caen por haber confiado en demasia en su propia virtud. El demonio empieza por persuadir y luego precipita, y por este motivo repetia el citado san Felipe que la verdadera custodia de la castidad es la humildad. Así al ver caer á un hermano nuestro, debemos penetrarnos de compasion y no de desprecio, pues la falta de compasion en tales casos es signo manifesto de deber caer pronto como presuntuosos y orgullosos. El demonio de la soberbia, decia san Juan Climaco, abre la puerta al de la impureza.

El tercer medio es la sobriedad y templanza en el comer y beber, pues un cuerpo robusto y regalon se rebela contra el espíritu, y los sentidos regados con vino y licores no pueden menos de inflamarse en el fuego de la concupiscencia. Así importa sobremanera abstenerse de todo lo que contribuya á fomentar el apetito libidinoso : *Luxuriosa res vinum* (Prov., 20, 21).

El cuarto es la modestia del vestido, pues la cultura excesiva en este punto suele ser causa ó efecto de un ánima poco honesta, y los santos la condenan como perjudicial á la castidad del que la usa ó del que la ve. Desde el momento que piedra de escándalo podemos ser á los ojos ajenos, nos preparamos á nosotros mismos tentaciones y tropiezos.

El quinto es un buen confesor á quien podamos revelar todo nuestro pensamiento, remedio soberano que ha libertado á mas de un alma que periclitaba, pues el humilde recurso y descubrimiento sincero de la conciencia al confesor enerva enteramente la fuerza del demonio impuro. Así san Felipe decia que el descubrir todos sus pensamientos al confesor y nada ocultarle, es excelente remedio para conservar la castidad ; que la llaga se cura al momento que se descubre al médico espiritual, añadiendo el santo que para adquirir y conservar esta virtud, hay que poseer un confesor bueno y ejercitado.

Mas digna de compasion es la condicion humana, pues la vergüenza de este vicio es tal, que los que debieran escoger un confesor bueno y estable, y descubrirle sinceramente el estado de su alma, son cabalmente los que mas se amañan para cambiarlo, y para encontrar los mas desconocidos é inespertos, mostrando con ellos toda la

astucia que pueden para no dar á conocer los hábitos, ocasiones y el estado infeliz de que temen curar y del cual en efecto no curan.

El sexto finalmente es la vida ocupada, pues la ociosidad es madre de todos los vicios. La ociosidad, dice un profeta (Ezech., 16, 49), es una causa de la iniquidad de Sodoma : *Et otium ipsius*. Para avasallarnos explora el demonio los momentos ociosos, como lo hizo con David, y por esta razon san Gerónimo nos aconseja que hagamos de modo que nos encuentre siempre haciendo algo el enemigo.

ART. V.

De un medio mas eficaz que es el huir las ocasiones y sobre todo las mugeres.

No podemos menos de recordar la doctrina tan repetida por los santos, que, si las demas tentaciones se vencen encarándose con ellas y combatiéndolas, de la impureza se triunfa solo con la fuga. Debemos pues huir todas las ocasiones de este pecado con un miedo que degenerate en escrúpulo si es preciso, pues no será excesivo. Huyamos de los paseos concurridos, de los lugares y horas de reuniones y concursos, de los teatros, tertulias, visitas mundanas, compañía de personas de conversaciones libres, de la lectura no solo de libros obscenos sino de novelas y poesias amorosas y ligeras que estragan el corazon aun mas que el buen gusto. Mas sobre todo huyamos la sociedad de las mugeres, particularmente de las jóvenes aunque santas. La muger hizo prevaricar á Adan en su inocencia, Sanson en su fuerza, David en su santidad, Salomon en su sabiduria ; y á vista de estos emeja

plos, ¿quién podrá dejar de temer, quién no podrá menos de reconocer que la caída de los fuertes debe ser como una voz de trueno que debe aterrar á los débiles? Temblar hace la indecencia y peligro de ciertos sacerdotes que pasan horas enteras hablando y chanceando festivamente con mugeres varias, al rededor de las cuales se agitan como mariposas en torno á la luz que no tardará en consumirlos.

En esta materia no hay término medio, y debemos proceder con la mayor cautela, pues no solo nos cabe obligacion de abstenernos de todo asomo de lujuria, sino de la apariencia y sospecha de tan abominable vicio. El terreno es resbaladizo é inclinado, y en un vaso frágil de barro llevamos un tesoro. Si queremos transigir con el peligro en él caeremos. Mucho se engañan los que alegan estas ú otras excusas equivalentes. Hasta aquí no hay mal... ¿Qué mal hago en todo esto?... que piensen como quieran... Son personas muy honradas, etc. Estos tales no conocen, ó no quieren conocer el peligro, y mientras que repiten que no hay mal, han caido ó están cercanos á caer en él, cuyo incendio pronto sentirán pues se negaron á ver la primera chispa. Omitamos excusas inútiles, y si amamos nuestro honor y nuestra alma, debemos rodearnos de una modestia particular y digna de nuestro estado, huyendo la compañía de las mugeres, y observando continuamente nuestros sentidos, sobre todo los ojos, con los cuales todo buen eclesiástico debe repetir el santo pacto de Job, de no mirar con curiosidad ninguna muger, pues basta una mirada indiscreta para ser reprobado. Y si nuestro ministerio nos obliga á acercarnos y á tratar con las mugeres, debemos, con el auxilio del Señor, no alejarnos

nunca de las reglas prescritas por la sabiduria de los santos.

Estas reglas son : No tener relaciones con las penitentes, fuera del tribunal de la penitencia, con discursos y conferencias que desacreditan la devocion; proceder con apresuramiento al hablar con las mugeres; nunca hallarse á solas con ninguna muger en aposento cerrado ó apartado; abstenerse de palabras afectuosas y modales tiernos, para consolar una muger afligida; no frecuentar las casas en que se tema encontrarlas sino acompañado y siempre con objeto de utilidad, no por pasatiempo; no acercarse mucho de la cama de las enfermas, no quedar con ellas á solas con las puertas cerradas, y no tomarles el pulso salvo en caso de necesidad. San Vicente de Paula respondió á un eclesiástico que lo consultaba en este punto : *Importa absolutamente abstenerse de esta práctica.*

Por último una regla que no solo aconsejan los santos sino que decretan los concilios, es no recibir ni dar albergue en nuestras casas á mugeres jóvenes, á menos que sean nuestras próximas parientas, y la severidad de los cánones en esta parte harto justifican los deplorables escándalos que han empañado el brillo del sacerdocio.